

GALDÓS Y LA POLÍTICA. Primeros pasos y contradicciones. **Rafael Hernández Tristán, Universidad Complutense de Madrid, rafaelh@ucm.es**

Resumen. El debut de Galdós en el escenario político se produce en 1865 cuando entra como periodista en *La Nación*. En 1886, Galdós es elegido parlamentario, actividad que repetirá en varias ocasiones y en diferentes listas electorales. Sin embargo, a lo largo de su trayectoria, aparentemente errática, subyace una actitud coherente. La inquietud política de Galdós deviene en un compromiso que trasciende el espacio partidario y periodístico para proyectarse sobre el terreno literario: la idea de considerar la Historia como materia novelable, instrumento al servicio de la educación de la ciudadanía.

Las ideas políticas. Sensibilización y compromiso.

El interés por la política y el compromiso intelectual de Galdós se incrementan a partir de 1865, tras su incorporación a la redacción de *La Nación*. En esos años, Madrid es un permanente volcán en erupción y es imposible permanecer indiferente al voraz incendio que por todas partes se extiende. Poniéndonos en su lugar, podemos preguntarnos qué es lo que ven sus ojos todavía inocentes en esas lides.

Con una lucidez que muy pocos tienen en tiempos enfebrecidos— la generación del 98 aún tardará en llegar—, Benito se da cuenta de que, en el último tercio del siglo XIX, España cabalga hacia el desastre como un corcel desbocado hacia el precipicio. A él le duele España antes que a Unamuno y los de su generación, aunque, a diferencia de los grandilocuentes noventayochistas, no quiere dar la batalla por perdida. Apuesta por la regeneración del país como si creyera en el ave Fénix. Y eso a pesar de que en su fuero interno tiene la dolorosa certeza de que nada ni nadie será capaz de parar el descomunal cataclismo: si España continúa por ese camino, la que durante tres siglos ha sido gran potencia imperial se convertirá en una de las naciones más atrasadas de Europa.

A Galdós le toca vivir años intensos, cargados de plenitud histórica. Fuerzas antagónicas se enfrentan en una sociedad atrapada entre un antiguo régimen moribundo, que se niega a desaparecer, y uno nuevo y vibrante incapaz de desplazarlo. La monarquía se tambalea, se suceden coronas y gobiernos. Se agostan revoluciones. Se suceden guerras y pronunciamientos. Y, por encima de este río turbulento, la mirada sosegada del escritor distingue con claridad los guijarros que lleva el poderoso caudal de la historia. Galdós sabe verlos y sabe

ordenarlos y, sobre todo, aprenderá a narrarlos para que de ahí surja su gran novela (ARMAS AYALA; 1989).

A medida que pasan los años, aumentan la experiencia y conocimientos políticos —es un trabajador incansable— de Galdós. A pesar de los numerosos desastres que se suceden en la política española, sus convicciones no se tambalean. Adelantándose a lo que Antonio Gramsci escribirá medio siglo después, Benito prefiere dejarse llevar por el optimismo de la voluntad antes que por el pesimismo de la razón. Aunque su perfil político es muy diferente al del pensador italiano: él también es un hombre de convicciones progresistas pero, políticamente, es un reformista.

El escritor defiende la urgente necesidad de renovar un país que se deshace a pedazos por la codicia y la corrupción de la clase alta. Un país en estado de shock, no recuperado todavía del desastre colonial, y que carga con el lastre de una monarquía absolutista y corrupta. Es consciente de que el pueblo, que soporta un atraso de siglos y se halla sumido en la ignorancia y la desesperación, es ahora tentado por el populismo y el revanchismo de políticos tan incendiarios como ineficaces. El novelista canario es un hombre reflexivo, progresista y de orden. Desea un cambio profundo, pero que venga de la mano de la educación, del trabajo productivo y de la renovación política. No cree en las algaradas y la violencia descontrolada de las masas en la calle, métodos revolucionarios que cuando los presencié de cerca (la noche de San Daniel, el levantamiento de los sargentos del cuartel de San Gil) sembraron un gran desasosiego en su corazón.

Galdós fustiga la inoperancia de políticos ineptos y vacuos, incapaces de tomar decisiones políticas. Dice de ellos que siempre están navegando entre Escila y Caribdis. Sin embargo, en su paso por la política él también sufre los dramáticos avatares de Ulises en el Estrecho de Mesina: si se acerca al primer monstruo —el falso liberalismo conservador — nada mejorará en España y traicionará las ideas sociales por las que ha embarcado en este viaje; pero si pone rumbo al segundo — el radicalismo revolucionario— la nave entera será engullida por los temibles remolinos de la intransigencia populista y la violencia. En una situación tan difícil, en medio de una encrucijada dramática para el país, Galdós se ve con frecuencia asaltado por dudas y contradicciones políticas.

Sin embargo, a lo largo de su trayectoria pública el escritor siempre ha defendido ideas liberales y progresistas, muy avanzadas para la época. Singularmente, de manera radical se ha comprometido en defensa de las

libertades formales, que hoy llamaríamos democráticas, frente al autoritarismo conservador. Galdós cree firmemente que el progreso de la sociedad debe ir de la mano de la libertad y ha de basarse en el trabajo y la educación del pueblo frente al oscurantismo y la corrupción de la casta dominante. De ahí su rechazo frontal al poder de los caciques y de la Iglesia. Es una tarea titánica en tiempos de confusión y atraso, que muchas veces le obliga a nadar contra corriente y exponerse a vaivenes y contradicciones de amigos y aliados políticos.

Galdós aceptó ir en listas electorales de distinto signo (liberal, republicano, socialista...), sin dejar por ello en segundo lugar la defensa de sus principios. A pesar de rechazar el procedimiento utilizado -en *Memorias de un desmemoriado* (1915) denuncia el ominoso telegrama sustitutivo de unas elecciones limpias)- se decidió a participar, seguramente guiado por una visión pragmática de la realidad política (ARENCEBIA, 2020). Invariablemente, el método siempre pasaba por ser cooptado por el líder político del partido. Así ocurre con Sagasta, que le convence para que en 1886 se presente en la candidatura liberal al Congreso. Es elegido diputado por Guayama, un distrito de Puerto Rico, territorio de ultramar que jamás pisó. Su actividad parlamentaria pasó desapercibida; debido a ser un escritor famoso, su grupo prefirió reservarlo para actividades de carácter más institucional que rutinario (CÁNOVAS SÁNCHEZ, 2019). Galdós reconocería que para él fue una experiencia de aprendizaje que mejoró su conocimiento de la realidad política y social española. Que se sepa, salvo algún asunto de trámite, su actividad no tuvo relación con sus hipotéticos representados de las Antillas... Esta actitud sería inconcebible en un sistema con los actuales estándares de calidad democrática, pero tal cosa no existía ni remotamente en la política española del siglo diecinueve. Por eso sería absurdo juzgar la ética política de Galdós con criterios del siglo veintiuno. Si se tiene en cuenta el contexto histórico, puede afirmarse que Galdós fue un político esencialmente honesto, como declara en *El Liberal* el 6 de abril de 1907:

«Jamás iría a donde la política ha venido a ser...una carrerita de las más cómodas, fáciles y lucrativas...Voy adonde la política es función elemental de ciudadanía con austeras obligaciones y ningún provecho, vida de abnegación sin más recompensa que los serenos goces que nos produce el cumplimiento del deber...» (CÁNOVAS SÁNCHEZ; 2019).

Debe tenerse en cuenta, además, que Galdós defendió sus ideas con rigor y valentía, consciente de los problemas que su compromiso político podría acarrearle:

«Es muy cómodo decir: la política, ¡qué asco!, como pretexto para no intervenir en ella... Pues yo no he tenido inconveniente en bajar al barro sin miedo a que me manche. El absentismo político es la muerte de los pueblos...» (Entrevista de *El Bachiller Corchuelo* en la revista *Por Esos Mundos*, 21 de junio de 1910).

No tuvo miedo el escritor a mancharse en una contienda política que entendía necesaria para el progreso de la nación española, actitud que le granjeó poderosos enemigos— sobre todo en la Iglesia católica y los círculos más reaccionarios del poder— que, cuando pudieron hacerlo, no desaprovecharon la ocasión de llevar su odio hasta el límite de la infamia.

Crítica y periodismo. Galdós contra el Señor Ministro.

En el diario *La Nación* del 8 de abril de 1866, Galdós publica «*Dinero, dinero, dinero*». Son momentos de gran tensión política bajo el gobierno reaccionario de Narváez: en enero ha tenido lugar el pronunciamiento de Prim, la agitación en los cuarteles se desbordará en junio con los sangrientos sucesos de los sargentos de San Gil. Sorprende la combatividad y valentía de Galdós en este artículo, cuando en las redacciones soplan aires turbios que aconsejan prudencia a los periodistas. También llama la atención el estilo, muy ameno, que rompe con los moldes rutinarios y presenta una visión crítica capaz de relacionar los datos políticos con referencias históricas y culturales, además de sorprender al lector con un fino sentido del humor. (SHOEMAKER, 1972).

El joven periodista – recordemos que aún no ha cumplido los veintitrés años - no está para hacer amables preguntas, sino graves acusaciones:

«*Estamos ante un estado tronado. La política económica de este Gobierno ha llevado al país a la ruina. El Ministerio de Hacienda está tan falto de imaginación como sobrado de funcionarios que triscan alegremente, mientras el monstruo feroz de la crisis financiera se abalanza sobre la nación*».

Imaginemos la indignación del ministro aludido, Manuel Alonso Martínez, un liberal conservador acostumbrado a ocupar importantes puestos en el gobierno, al ser interpelado de esa forma inaudita por un atrevido jovenzuelo recién llegado a la corte y al periodismo. Aunque lo malo para el prócer burgalés es que el artículo no ha hecho más que empezar. Impertérrito, Galdós dice que el ministro todo lo ve *color de rosa* y que, por tanto, así debería ser denominado el cargo que inmerecidamente ostenta. Le acusa de que su

ineficacia está arrastrando al país a la pobreza, no de unos pocos, sino de todos los españoles: la bancarrota de la nación.

Los desfalcos y la ineptitud del ministro han vaciado el Tesoro, la Hacienda pública está bajo mínimos, pero Benito se ofrece a ayudarle, tiene alguna idea que ofrecerle para que el lujo y la elegancia ayuden algo a la descalabrada Hacienda:

«Si una mano redentora apareciera en el Teatro Real y fuera de palco en palco despojando aquí una garganta, allí una cabellera, y amontonando collares y peinetas, broches, alfileres, cruces profanas y hebillas canónicas; si no dejara brazo con pulsera, ni oreja con pendiente, y repitiera la misma operación en el baile de la duquesa X, de la marquesa H, hasta reunir las alhajas suficientes para llenar un par de sacos... si se hiciera una contribución en que cada uno ofreciera no su dinero, sino su vanidad... La elegancia perdería; pero en cambio la nación saldría de apuros: habría crisis en los tocadores; pero cesaría la que estalla en las altas regiones políticas...».

El desparpajo del recién llegado periodista no parece conocer límites, considera que la Iglesia también debe arrimar el hombro: *«Si al menos la pedrería católica hiciera algo en favor del Tesoro»*, sugiere en el artículo. Y por si el ministro no se ha enterado, lo aclara:

«Si San José ofreciera su vara de plata y Santa Lucía sus ojos de oro... No te asustes, cristiano lector, esto no es una profanación: no hablamos de los vasos sagrados necesarios al culto, hablamos de esa quincalla de plata y oro que constituye la superflua opulencia de los templos... Respetamos la media luna y las estrellas de María; pero la vara de San José, ¿a qué conduce que sea de plata? Si en el vestíbulo del ministerio de Hacienda cayeran de un golpe todas las varas que hoy esgrime con mano fuerte el carpintero de Nazareth, otra sería la suerte del Tesoro. ¿De qué sirve tanto clavo de oro, tanto ramillete de esmeraldas, tantos primores de tocador? ¿Por qué han de competir los vestuarios de los santos con los vestuarios de la elegancia mundana?».

Galdós remata el artículo pidiendo el cese del ministro Alonso Martínez, cuestión que le parece de todo punto perentoria, aunque prefiere formularla en términos bucólicos:

« Solo un recurso le queda al ministro color de rosa... S.E. debe marcharse a los verdes campos de Burgos, y darse allí a la buena vida, entreteniéndose en pastoril regodeo los últimos días de su asendereada existencia. Allí, retozando en unión de la traviesa pastora llamada cesantía, podrá entonar en blando caramillo dulces presupuestos, que son las endechas más sonoras que conocemos...».

Una nueva forma de novelar. Historia y literatura al servicio de la ciudadanía.

Todo lo que Galdós necesitaba ver, ya lo ha visto en las calles de Madrid: hambre, ignorancia, tumultos, corrupción, violencia... Todos los componentes que explican la decadencia de España y auguran un futuro de penuria para los ciudadanos.

¿Cuántos años hace que llegó a la capital? Solo seis, malcontados, pero parecen una eternidad. Ha escuchado las apasionadas diatribas en tertulias y mentideros, ha visto la miseria y los abusos -las dos caras de la siniestra decadencia española- que se extienden imparables, ha leído los incendiarios artículos de prensa y, sobre todo, ha reflexionado sobre el drama interminable que vive el país.

Lo que empezó como una intuición se ha convertido en una poderosa convicción: todas las personas deben conocer la historia de España, no sólo como requisito para su educación como ciudadanos, sino como condición necesaria para ser protagonistas del progreso social. Para conseguir su objetivo, Galdós se esmera en escribir con la mayor sencillez, en hacerse entender por todos. Luchar por la verdad implica también extremar la claridad del texto, suscribir un compromiso militante con el valor pedagógico de la literatura. A partir de ese momento, el escritor asume una tarea ciclópea que no sólo requerirá de toda su energía, sino que será depositaria de todo su ingenio. Para lograr tan ambicioso objetivo recurrirá a una transformación de los materiales históricos, convirtiéndolos en *novelables*.

Galdós lo declara con la sencillez de los grandes genios: va a novelar la Historia. No para deformarla, como ya hicieron los románticos, sino para acercarla a la comprensión de amplios sectores de la población que sólo así aprenderán de ella y contribuirán con su acción cívica a superar los errores — la ignorancia, el fanatismo— que están en la raíz de nuestras desgracias como nación. Para tratar de explicar el origen de esas infamias y latrocinios, extendidos con cruel insania por el cuerpo social, *para ayudar a eliminarlos y contribuir a que sus compatriotas puedan vivir una vida laboriosa y fecunda, en libertad y bajo un orden justo, es por lo que, Galdós, a los 24 años, comienza “La Fontana de Oro”* (CASALDUERO; 1974).

El escritor trabajará incansablemente —periodismo, literatura, actividad política, teatro, etc. — al servicio de ese objetivo. La etapa bohemia ha terminado, será sustituida por una vida ordenada (salvo en algunas zonas de su

esfera oculta) que alumbrará un Benito obsesionado por el trabajo, un estajanovista de la escritura.

Galdós hace un esfuerzo extraordinario de comprensión histórica. Es muy posible que fuera la Revolución de Septiembre de 1868 — *La Gloriosa* — la que le abra definitivamente los ojos y le saque de su dubitativo ensimismamiento, el acontecimiento que termina de perfilar la clave de esa dimensión humana de la historia que llevaba tiempo buscando sin poderla alcanzar.

Desde que en febrero empezara a escribir *La Fontana de Oro*, Galdós ha escuchado en todas partes voces anunciando que la Revolución es inminente. Cuando al fin estalla, sus ojos no se apartan de las piedras que arrastra la ardiente lava del volcán revolucionario, una inagotable muestra de lo que viene buscando desde hace tiempo: ejemplos concretos de cómo reaccionan las personas *reales* ante los avatares de su tiempo. Ya en su primera novela está vivamente representado el conspicuo mosaico humano del momento: la furia del tradicionalista, la ingenuidad del revolucionario, los culebros del medrador.

Galdós sitúa la acción de *La Fontana* al final del periodo fernandino, aunque, tal como el mismo anuncia en el *Preámbulo*, le parece que la novela tiene «alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que aquí pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable periodo de 1820-1823. Esta es la principal de las razones que me han inducido a publicarlo».

A partir de publicación de su primera novela, ya no habrá vuelta atrás. El principal objetivo literario del escritor será *extraer de la realidad histórica, convertida en ética y psicología*, el argumento de sus obras (ÁVILA ARELLANO; 1994). Un empeño titánico en el que volcará los cincuenta años que le restan de vida y del que brotarán ocho mil personajes rescatados de la turbulenta corriente de la historia.

Texto adaptado de: Rafael Hernández Tristán. *Galdós en la encrucijada*. Tirant Humanidades; Valencia, 2020.

Reseñas Bibliográficas.

ARENCEBIA, Yolanda. *Galdós. Una biografía*. Editorial Tusquets, 2020.

ARMAS AYALA, Alfonso. *Galdós, lectura de una vida*. Caja general de Ahorros de Canarias. Santa Cruz de Tenerife, 1989.

ÁVILA ARELLANO, Julián. *La historia lógico-natural de los españoles de ambos lados del mundo de BPG*. Cabildo Insular. Las Palmas de GC, 1994.

CÁNOVAS SÁNCHEZ, Francisco. *Benito Pérez Galdós. Vida, obra y compromiso*. Alianza Editorial. Madrid, 2019.

CASALDUERO, Joaquín. *Vida y obra de Galdós*. Ed. Gredos. Madrid, 1974.

PÉREZ GALDÓS, Benito (1915-1916). *Memorias de un desmemoriado*. Comunidad de Madrid. Visor Libros. Madrid, 2004.

SHOEMAKER, William H. *Los artículos de Galdós en «La Nación» 1865-1866, 1868*. Ed. Ínsula; Madrid, 1972.